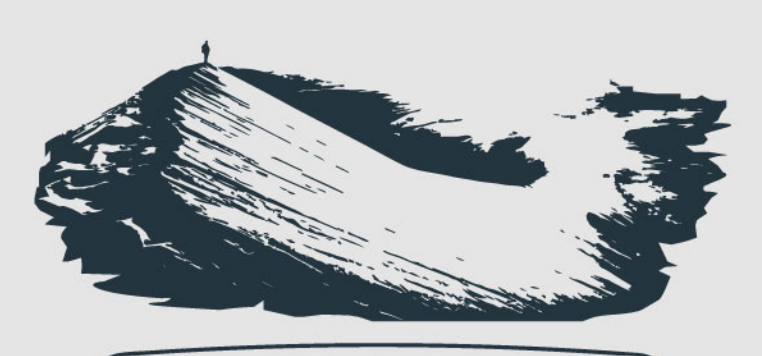




Jesús Rito García



JESÚS RITO GARCÍA

40 DÍAS EN EL DESIERTO

Jesús rito garcía

40 días en el desierto



Colección
Lima Lee




JESÚS RITO
GARCÍA

Jesús Rito García

Nació en Tehuantepec, México, en 1980.

Poeta y editor, autor de los poemarios *Recuerdos que no emigran,* (Pharus / Praxis, México, 2008); *Bahía de los poetas*, (Ministerio de Cultura de Perú / Summa Editorial, Lima, 2017) y *Arena*, (Pharus, México, 2020). Director de Editorial Pharus y Pharus revista. Creador del proyecto: Maratón de Poesía de Oaxaca. Durante el 2014, 2016 y 2017 participó en el II, IV y V, Festival Internacional Primavera Poética en Lima, Perú. En el año 2019 participó en el XXVII Maratón de Poesía de Washington, en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos durante el homenaje a Walt Whitman por los 200 años de su nacimiento.

40 días en el desierto

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

40 DÍAS EN EL DESIERTO

A Efrayn, Alaric, Adrián,

Sylvia, Ignacio, Clara Luz,

Jeff Durango, Carlos, Salomón, Noé y Balam.

ABC

Pulula en el aire del desierto
un canto lejano en una lengua muerta:
ABC...
ABC...
Como una oración trunca
fueron las primeras letras
del abecedario olvidado,
del humo amargo de la muerte,
del llanto negro de los padres:
ABC...
ABC...
dice en mi imaginación
ese canto eudeve,
triste y lejano.

Se elevó la muerte tan alto, tan alto…
y todos saben de dolor,
y todos tienen en sus venas la furia de ese potro salvaje
que corre entre sus calles solitarias.

ABC...
ABC...
quise cantar en lengua eudeve
a mi niño del desierto
y nadie más escuchó,
ni escuchará mi oración.
Pero ahí está
nuestro llanto,
y el recuerdo que nos hace despertar con rabia
y decimos con los dientes apretados:
ABC...
ACD...
y confundimos todo.

Yo estuve en la casa del dolor,
ahí, donde cuelga el retrato de una niña que ya no está,
que no pude ver de frente,
por pena,
por miedo,
por rabia,
qué sé yo.

Ahora, otros niños juegan alrededor de la mesa;
y ella, desde su marco de madera los observa

y canta con ellos...
ABC...
ABC...
sal conejo de tu madriguera...
y ellos responden:
el conejo no quiere salir de ahí...

ABC...
ABC...
repito la oración del pueblo eudeve
que nadie recuerda,
que nadie conoce;
y mi voz
se pierde en el aire caliente del desierto,
donde un día
lloré por tantas almas juntas,
que no pude abrazar al mismo tiempo.

ABC...
ABC...
canta mi corazón a la distancia.

Schopenhauer a 45 grados

Me senté a leer en aquel café de la calle del museo…
y de pronto:
«La despersonalización»,
o sea, mandar al carajo todo aquello que te sujeta.
Pero los pantalones en este calor del demonio también me sujetan.
Señor Arturo,
no ve que estamos pasando los 40°
¿Qué puedo hacer?

Mi voluntad se somete al calor,
a esas fotos en la playa,
a sus ojos.

«La miseria del hombre sujeta a una ilusión».
Lo sé, aunque solo pienso en los años y los días...
Pero digo que nada me sujeta.
Solo lo digo.

Señor Schopenhauer, ya estamos llegando a los 45°
y mi cabeza no piensa,
no razona como usted me lo pide.

Mejor vayámonos con calma, y no me presione más.
¿Quiere usted una cerveza?

El calor en Hermosillo es un potro salvaje

que despierta a las seis de la mañana,
o mucho antes.
Rompe la cerca del tiempo y reposa más allá de la
medianoche.

Dicen los de aquí, que lo ven correr todo el día,
en pequeñas ráfagas de viento,
enfurecido, en leves quemaduras a la sombra y
deshidratación.

El sol del desierto es un potro salvaje que deja sus
huellas en toda la comarca.
Aún de madrugada, entra por las ventanas de las casas,
brinca hasta el noveno piso de los hoteles cinco estrellas
y chapotea en las albercas.

En Sonora,
hay un potro salvaje que hace verano,
y deja un silencio absoluto en todas las avenidas.

En el desierto no hace tanto calor

como en esta pequeña habitación.
Ni el diablo, ni el hermano mayor han venido a beber café.

Nadie quiere perturbar mi silencio.

Sábanas blancas iluminan la noche
en este desierto privado con vista a un mar imaginario.
Afuera: 45 grados a la sombra.

A Adrián Rivera

Quise dormir profundamente

antes de cruzar.
Sabía que el desierto era un lugar endemoniado.
Caminé por tantas horas, no sabía a dónde iba,
lo único que me hacía soportar el calor era saberme cerca de Dios.

Aunque el Dios que yo conozco es diferente.
Hemos tomado café juntos,
alguna vez nos pusimos una borrachera con mezcal,
aquí le llaman bacanora.
Platicamos por horas, cantamos y reímos.
A él también le gusta el jazz y la cumbia.

Caminé por el desierto
como Jesús lo hizo sobre el agua.
Pero a cada paso yo sí me hundía
y me hundía.
Hasta que llegaron esas mujeres y esos hombres
que hablaban cantadito.

Un amigo guatemalteco me tendió la mano.
Entre todos, hicieron una red de brazos para que yo siguiera en el camino.

Preferí regresar a casa,
a la arena tibia del trópico.

Cuna de calor

Un día,
cuando el calor cubrió
tu cuna de angustias,
hijo,
el diablo vestido de ella,
blanca cabeza malévola,
a los infiernos te quiso llevar.

Un ángel
arrebató al malévolo
tu ser.

El hermano mayor te saluda
y cobija con su voz tus sueños
en cuna de calor,
una larga oración de vida.

A Alaric

Estuve cuarenta días en el desierto,

y tuve sed
y ellas y ellos me ayudaron.

A Alfonso Carballo

En mi puerta había un jaguar agazapado.

Yo no sabía qué hacía ese animal aquí
con este calor del demonio.
Vuelve a la selva, le dije. Vete de aquí.

Nadie más lo vio.
Estás loco,
me dijeron los amigos que pasaron a saludarme
y yo no respondí.

Estuve en el desierto,
en una habitación con cortinas azules
y en las calles no había más que sol y sombras muy oscuras.
El juagar nunca se movió de la puerta de casa.

Tuve frío en el alma

aunque no había invierno a mi alrededor
y me cobijé con un verso de Vallejo:
«Hay golpes en la vida... Tan fuertes... Yo no sé».
Y quise querer a todas
y quise ser amado,
y que ella me amara,
aunque odiaba cualquier cosa que saliera de ella.
Y al odiarla, amé más a todas las mujeres de mi vida
y a todos por igual.

Caminé por el desierto en la arena caliente

y me besó,
y yo dentro del agua también la besé,
y amé sobre la arena de Bahía de Kino,
y me dejé acariciar por sus olas,
y bebí sangre de tortuga,
y las caracolas me hablaron al oído,
y bailé al ritmo de un canto seri.
Cuarenta días...

Hablé con el padre Sol,

con la niña arena:
y mis lágrimas que son de agua de coco
se evaporaron en un instante.

Llegué nadando a la isla Tiburón,

tantos kilómetros de agua caliente,
agua podrida, agua de sal.
Mis heridas desaparecieron
y dancé con los muertos seris,
y subí al lomo de mi hermano pájaro negro
y volamos, volamos, volamos.
En la cima de la montaña dije muchas veces el nombre
de mi hijo.

Cuarenta días en el desierto,

y no estoy muerto.

No sé cuántos días fueron,

no recuerdo cuando llegué a este desierto,
qué número de asiento tenía el boleto de autobús.
Solo recuerdo que era lindo el lugar,
un arcoíris permanente.

Ahora solo es un desierto
hay muertos por doquier.
No sé por qué pasó todo esto.

Soy tan ancestral

como el primero que mencionó al mar en un poema.
Ahí estuve yo, y muchos.

Todas las lenguas van a morir
y es preciso hacer un cementerio con ellas
y llevarles flores.
Inventamos muchas patrias con palabras.

El sufrimiento de la tierra que retumba,

tantas veces,
tantas veces.

Con minúsculas navajas
saciaron su sed de dolor.

La tierra se transforma a cada instante.
Peces diminutos surgen
de las heridas cristalinas del mar
y el horizonte es una linterna de luz ultravioleta.

Tantos años han pasado desde la última caída de los as-
tros,
desde la última campanada
llamando a muerte.

Aún los ojos de la joven no voltean a verme,
ni al sol, ni al mar.

Tanta soledad
en el centro de la tierra moribunda, putrefacta,
herida,
tantas veces.

El frío congelaba el alma de mi niño,

no lo dejaba respirar.
Recuerdo y cierro los ojos…
quise volar a ese desierto,
quise teletransportarme,
ser aire para sus pulmones.
No podía respirar
mi niño.
Recuerdo
y cierro los ojos…

En medio del desierto,

hay pensamientos luminosos y oscuros.

El calor, el frío, tanta arena por todos lados…

Aquí hay un muro muy alto por cruzar,
aquí no hay nada.
Es más fácil morir de tristeza.

En el desierto no hace tanto calor
como en esta pequeña habitación.
Ni el diablo, ni el hermano mayor han venido a beber café.

Nadie quiere perturbar mi silencio.

Sábanas blancas iluminan la noche
en este desierto privado con vista a un mar imaginario.
Afuera: 45 grados a la sombra.



Colección
Lima Lee

